

Julio Cortázar

PAMEOS
Y MEOPAS

Julio Cortázar

PAMEOS
Y MEOPAS

Ilustraciones de
Pablo Auladell

Nørdicalibros

2017

© Julio Cortázar, 1971, y Herederos de Julio Cortázar

© De las ilustraciones: Pablo Auladell

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

Avenida de la Aviación 24, bajo P

28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: enero de 2017

ISBN: 978-84-16830-51-0

Depósito Legal:

IBIC: DCF

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

(Alcobendas, Madrid)

Diseño de colección y

maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra

y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

POR LO DEMÁS ES LO DE MENOS

Como les explicaba el otro día a unos tipos que conozco y que se llaman Calac y Polanco, la culpa de lo que sigue la tiene un cronopio italiano que responde, si está de buen humor, al nombre de Gianni Toti, el cual después de decirme buenas salenas en la puerta del hotel donde se celebraba el Congreso Cultural de La Habana en 1968, procedió a descerrajar la afirmación siguiente, a saber:

—De todo lo que has escrito, lo que a mí realmente me gusta es tu poesía.

Como eso sucedía en el primer territorio libre de América, consideré que no podía negarle el derecho a manifestar su opinión, aunque las caras de algunos amigos presentes tendían a dar una impresión de pataleta o de directo a la mandíbula. Así fue como este cronopio anunció que iba a traducir poemas míos al italiano, cosa que además hizo por todo lo alto y gracias a lo cual uno de estos días los estupefactos habitantes de la bota van a empezar a leer textos que tal vez ocasionen la lapidación de las ventanas de Gianni, que según se sabe vive en la Via Giornalisti 25, Roma. Pero como le dijo la partera al padre de los mellizos, estas cosas nunca vienen solas, y de golpe unos cronopios de la otra

península, aglutinados bajo la denominación más bien etrusca de Ocnos, proceden a informarme que la desesperanza más perniciososa los acecha si yo no los dejo salpicar unos cuantos cuadernillos con las resonancias de mi plectro. Cualquiera que me conozca sabrá que de ninguna manera puedo permitir que personas como Joaquín Marco y José Agustín Goytisolo se acongojen desmedidamente por mi silencio, con lo cual estamos como queremos.

Bromas aparte, y seriedad pomposa también, tengo algo que decir sobre lo que sigue. Primero, que mis poemas no son como esos hijos adulterinos a los que se reconoce *in articulo mortis*, sino que nunca creí demasiado en la necesidad de publicarlos; excesivamente personales, herbario para los días de lluvia, se me fueron quedando en los bolsillos del tiempo sin que por eso los olvidara o los creyera menos míos que las novelas o los cuentos. Ahora que amigos insensatos quieren verlos impresos, no me disgusta y ahí van algunos, pero nada cambia en el fondo para ellos o para mí, creo que nos quedaremos siempre como del otro lado del libro, asomando a veces allí donde la poesía habita algún verso, alguna imagen. También así, también a veces asoma admirablemente una sonrisa entre dos desconocidos en un vagón de metro o en un cruce de calles, o una voz en el teléfono nos dice unas palabras en plena noche antes de saber que el número estaba equivocado (¿pero lo estaba realmente?).

Junto con mi juventud murió en mí el respeto *a priori* por la poesía, los poetas y los poemas que nos imponía un humanismo burgués ya desenmascarado por una ineludible quiebra de valores y sistemas; hoy creo que lo mejor de la poesía no viaja

necesariamente en los vehículos tradicionales del género, entre otras cosas porque ya no hay más géneros. ¿Cómo dudar de que cuando un poeta dice su palabra la humanidad está tratando una vez más de inventarse, de fundarse, de ser auténticamente? Pero los poetas no son ya solamente esos que enumeran los profesionales de la crítica; la poesía está cada vez más en la calle, en ciertas formas de acción renovadora, en el hallazgo anónimo o sin pretensión de las canciones populares, de los *graffiti*. Hace pocos días, en una galería del metro de París, sobre un afiche donde la *starlette* de turno presentaba el corpiño que-sostiene-sin-esconder, leí esta inscripción que de acuerdo con las leyes francesas podría costar dos meses de cárcel a su autor: «POÈTES DES MURAILLES, RÉVEILLEZ-VOUS!». Y si actualmente se vuelve demasiado fácil negar despectivamente toda poesía que osa presentarse en forma de poema, no es menos cierto que en el fondo de la desmesura, de las opciones exasperadas y maniqueas a que incitan las circunstancias en que nos toca vivir, otra visión del hombre y de la historia apunta incontenible, otra manera de ser y de expresarse que la generación ya instalada en su mecedora no se resigna a aceptar. Al borde del día en que escribir dejará de ser mi manera de respirar, algo en mí es todavía capaz de entender el cambio, sentir contra el rezago de las jerarquías intelectuales burguesas que si la poesía del hombre de hoy puede darse como se da en un Octavio Paz o en un Drummond de Andrade, también se da cada día más (si dejamos caer las máscaras, si vivimos en la calle abierta y amenazadora y exaltante del tiempo revolucionario) en el lenguaje de las tizas en los muros, de las canciones de

Léo Ferré, de Atahualpa Yupanqui, de Caetano Veloso, de Bob Dylan, de Raimon y de Leonard Cohen, en el cine de Jean-Luc Godard y de Glauber Rocha, en el teatro de Peter Weiss, en los juegos psicodélicos, en los *happenings* y en las provocaciones de lo aleatorio y lo mecánico que abren cada día más al gran público el pasaje a nuevas formas de lo estético y lo lúdico.

Es natural entonces que estos poemas que siguen me parezcan demasiado marginales y que a la vez no lamente haberlos escrito; hombre entre dos aguas del siglo, habré tenido el privilegio agridulce de asistir a la decadencia de una cosmovisión y al alumbramiento de otra muy diferente; y si mis últimos años están y estarán dedicados a ese hombre nuevo que queremos crear, nada podrá impedirme volver la mirada hacia una región de sombras queridas, pasearme con Aquiles en el Hades, murmurando esos nombres que ya tantos jóvenes olvidan porque tienen que olvidarlos, Hölderlin, Keats, Leopardi, Mallarmé, Darío, Salinas, sombras entre tantas sombras en la vida de un argentino que todo quiso leer, todo quiso abrazar.

—Cómo escribe —dijo Calac.

—Madre querida —dijo Polanco.

Hablaban de mí, como si la culpa no la tuvieran Gianni Toti, José Agustín Goytisolo y Joaquín Marco.

París, 1971

I

LARGA DISTANCIA

París, 1951-1952



POEMA

Te amo por ceja, por cabello, te debato en corredores blanquísimos
donde se juegan las fuentes de la luz,
te discuto a cada nombre, te arranco con delicadeza de cicatriz,
voy poniéndote en el pelo cenizas de relámpago y cintas que
dormían en la lluvia.

No quiero que tengas una forma, que seas precisamente lo que viene
detrás de tu mano,

porque el agua, considera el agua, y los leones cuando se disuelven en
el azúcar de la fábula,

y los gestos, esa arquitectura de la nada,
encendiendo sus lámparas a mitad del encuentro.

Todo mañana es la pizarra donde te invento y te dibujo,
pronto a borrarte, así no eres, ni tampoco con ese pelo lacio, esa sonrisa.

Busco tu suma, el borde de la copa
donde el vino es también la luna y el espejo, busco
esa línea que hace temblar a un hombre
en una galería de museo.

Además te quiero, y hace tiempo y frío.

RESTITUCIÓN

Si de tu boca no sé más que la voz
y de tus senos sólo el verde o el naranja de las blusas,
cómo jactarme de tener de ti
más que la gracia de una sombra que pasa sobre el agua.
En la memoria llevo gestos, el mohín
que tan feliz me hacía, y ese modo
de quedarte en ti misma, con el curvo
reposo de una imagen de marfil.
No es gran cosa este todo que me queda.
Además opiniones, cóleras, teorías,
nombres de hermanos y de hermanas,
la dirección postal y telefónica,
cinco fotografías, un perfume de pelo,
una presión de manos pequeñas donde nadie diría
que se me esconde el mundo.
Todo lo llevo sin esfuerzo, perdiéndolo de a poco.

No inventaré la inútil mentira de la perpetuidad,
mejor cruzar los puentes con las manos
llenas de ti,
tirando a pedacitos mi recuerdo,
dándolo a las palomas, a los fieles
gorriones, que te coman
entre cantos y bullas y aleteos.